

Esperanza

por Peggy A. Pifer

Todos esperamos un futuro más brillante, un mañana mejor. Esto es lo que nos lleva a seguir adelante cuando el día de hoy no ha sido como esperábamos.

La esperanza es como la respiración. Así como la respiración es la esencia de la vida, así la esperanza es la esencia del vivir. Sin esperanza, la vida pierde significado.

Hoy, con la tecnología que hace que tengamos al mundo al alcance de nuestros dedos, vemos eventos y condiciones alrededor de nosotros que nos hacen preguntar, ¿hay alguna esperanza? ¿Hay algo que podemos esperar con optimismo? Aun cuando sabemos que hay esperanza en nuestras vidas personales, ¿y qué de esa gente que nos miran fijamente desde las pantallas de nuestros televisores? ¿Pueden ellos tener esperanza?

¿Podemos nosotros tener esperanza por ellos?

¡Sí! En toda condición o situación que enfrentes, en todo reto que un ser querido o alguien muy lejos afronte, puedes tener esperanza, puedes tener fe. ¿Por qué? Porque la esperanza es parte de tu ser. Ella es “Cristo en vosotros, la esperanza de Gloria” (Col. 1:27).

La misma presencia de Dios en ti es tu esperanza, es la fuente de aliento cuando tienes poca energía, tu plan de apoyo cuando las cosas no salen como deseas. Esta presencia de Dios, esta presencia de esperanza, está a tu alrededor, y esta misma presencia poderosa está en toda persona.

La esencia de la vida

Los eventos suceden —en nuestras vidas, en las vidas de nuestros amigos y de nuestra familia, en el mundo— y no sabemos por qué. No hay contestaciones accesibles o aparentes.

Un ser amado se enferma y los doctores dicen que no hay nada que puedan hacer. Parece que hay falta de orden en la vida y no vemos la manera de ponerla en orden otra vez. Hay que pagar cuentas y no tenemos una fuente de ingreso inmediata. Enfrentamos retos que ponen a prueba todo lo que creemos sobre Dios y la vida. ¿Cómo podemos salir adelante con esto?

La mayor parte de nosotros pasa por una variedad de pensamientos, reacciones y sentimientos negativos antes de regresar a la esperanza, la fe y Dios. Las preguntas, dudas, lágrimas, temores y pesares que experimentamos parecen tener un lugar en el proceso de curación —ya sea curación física, mental, emocional o financiera. Sin embargo, debemos recordar que ellos son un principio, no un fin. Tienen su lugar en el proceso, pero hay más.

Por lo general, cuando nos encontramos en medio de una crisis o conflicto, creyendo que tenemos pocas alternativas, vamos a nuestro interior a la presencia de Dios. Aquí en la Presencia divina, encontramos el valor para seguir adelante, la fe para pasar el día de hoy y la esperanza que necesitamos para mañana.

La verdad es que aun cuando las cosas parecen peores, *podemos* tener esperanza. *Podemos* tener fe, porque “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Heb. 11:1).

La llama de tu fe

Aun cuando no puedas ver la luz del sol más allá de las oscuras nubes, sabes que el sol permanece en el cielo y brillará de nuevo. Aunque no puedas ver más allá de la situación presente en tu vida, puedes saber que Dios está aquí contigo. Aun cuando creas que has perdido toda esperanza, aún la tienes.

La esperanza es parte de ti. Puedes enterrarla bajo la preocupación o desesperación, pero no puede dejarte y tú no puedes dejarla.

Hay veces cuando puedes sentir que pierdes la esperanza. Tal vez sientas que la fe te ha abandonado, mas una pequeña parte de ti, la chispa de la esperanza, la llama de la fe que no puede ser extinguida, empezará a brillar con más esplendor a medida que das atención a la presencia de la esperanza, la presencia de Dios en ti.

Si te sientes deprimido ahora mismo, ten presente que hay una llama de fe que alumbra tu camino. Búscala en tu corazón. Deja que tu luz brille. Permite que esta llama te llene de un nuevo sentido de entusiasmo por la vida y te guíe a nuevas y satisficentes experiencias, nuevos intereses, nuevos pasatiempos, trabajo provechoso y amistades interesantes. Recuerda, no estás solo. ¡Dios está contigo y te ama!

¡Dios te ama!

Eres un hijo o una hija de Dios. No importa cómo te hayas sentido acerca de Dios hasta este momento, Dios siempre te ha amado y continúa amándote.

Empieza ahora a aceptar el amor de Dios por ti. Ten presente que lo único que puede separarte de Su amor eres tú. Luego, al recordar diariamente que Dios te ama, deja que ese amor te dé paz. Deja que te llene de esperanza.

El amor de Dios por ti es como luz para una planta. ¿Has notado cómo las flores en un jardín siguen el sol según se mueve a través del cielo durante el día? ¿Por qué? Porque las plantas siempre crecen hacia la luz. Cuando ellas son privadas de ella, comienzan a marchitarse y a estar inactivas; sin embargo, el menor rayo de luz parece restaurarlas.

¿Sabes que tú, también, creces al ir hacia el amor de Dios? Quizás no estés consciente de esto, pero como un ser espiritual, siempre tiendes a expresar Su amor.

Nadie puede apartarte del amor de Dios, y Dios nunca te rechazará. En todos tus caminos, miras hacia Su amor. Abre tu corazón a él. Será tu fuente de fe y esperanza cada día.

Qué hacer

Acaso te digas: "Todo eso está muy bien, pero si he perdido todo sentido de esperanza, ¿qué bien me harán esas palabras? ¿Qué puedo hacer?"

Si crees que todo está perdido y no puedes revestirte de esperanza, *hay* algo que puedes hacer. Puedes orar.

Desde luego, puedes tomar un momento en cualquier lugar y a cualquier hora para hablar con Dios. Pero, tal vez, el modo más beneficioso de orar sea tomar tiempo de todo lo otro y centrarte en Dios.

Deja que tus oraciones sean momentos para sentir a Dios. Encuentra un lugar cómodo donde sentarte. Toca música suave si esto te ayuda. Pon a un lado tu trabajo y los pensamientos sobre lo que sucede. Lo más importante: trata de relajarte.

Descansa la mente y el cuerpo. Respira profunda y regularmente. Deja ir tus pensamientos, pero no luches por mantenerlos fuera de tu mente. No resistas. Sencillamente cálmate.

Deja que la presencia de Dios te envuelva y llene. Aquí en este tranquilo lugar con Dios, sabe —verdaderamente ten presente— que no estás solo. Dios te acompaña. Permanece aquí por un rato. Siente Su Presencia. Deja que Dios te inspire y sostenga.

Cuando termine tu tiempo de oración, toma la paz de Dios que sentiste en la oración y guárdala en tu corazón. Entonces, en todo lo que enfrentes durante el día o la noche, recuerda que la paz de Dios está siempre en ti para darte ánimo, fortalecer tu fe y ser tu esperanza.

La oración es el primer paso, pero no es el único. Si después de la oración, crees necesitar otra ayuda, búscala. Los doctores, ministros y consejeros espirituales— todos pueden ofrecerte consejo, orientación y apoyo. Las amistades y los grupos de oración y estudio también pueden ser muy útiles. Los libros inspiradores, espirituales y de autoayuda, y la Biblia, pueden ser fuentes de apoyo para ti.

En todo lo que hagas, en dondequiera que estés, puedes tener esperanza. Puedes esperar que mañana sea más brillante y mejor que hoy porque “permanecen la fe, la esperanza y el amor” (1 Cor. 13:13) en tu mente y corazón.